TRISTES!...

Son forasteros, una familia de desdichados, van errantes...

El hombre, con trazas de obrero, aparenta unos cuarenta años, la mujer treinta, un nene de diez, una nena de cuatro ó cinco y otra de un mes escaso que, cogida al pecho, flácido y escurrido, parece mamar sangre...

Vienen estenuados, apenas pueden arrastrar los piés, cuyo calzado maltrecho, en el estado más triste y deplorable, nos habla de

días y más días de camino por interminables y empolvadas carreteras...

Su aspecto es bien triste: quemados por el solanero, ennegrecidos, enterragados, demacrados y hambrientos, profundamente abatidos... ¡parecen acosados por una desgracia implacable!...

En una tapia, á la salida del pueblo, han hecho su albergue: han sujetado una sábana á la pared y al suelo, con unos clavos, y allí se han guarecido.

. . . . . .

Durante la noche ha caido una helada cruel, y al salir el sol, que por lo radiante presagia un hermoso día, dentro de la miserable tienda de los forasteros lloran amargamente... ¡con la tristeza infinita de los desamparados que no esperan consuelo!...

Me he asomado y he visto la madre y la niña pequeña muertas y tendidas en el puro

suelo... la otra niña y el niño abrazados á la madre y llamándola con dulce balido: «¡mamaïta! ¡mamaïta!» El padre, con la cabeza hundida entre las manos, sin removerse á nada, como si fatalmente, así, en aquel estado de desesperación infinita, hubiesen de estar siempre!

LA MADRIGUERA

Evoco nuestra conejita: una conejita que ha parido siete conejitos que se la comen viva... Ella se ha quedado en los huesos, los conejitos son muy menudos, no espuman, se ponen á mamar: chupetonazo aquí, chupetonazo allí... ¡se la tragan y siempre tienen hambre!... Además, el animalito, para que sus hijos estén calientes, se arranca á bocados el pelo que apretuja sobre ellos con las patitas suaves...

He visto un desdichado hogar que me ha